

como una rosa endemoniada un poema, y su *torre de marfil* se torna lúgubre. Asombra a los árboles que se despedazan contra el viento.

Atormentado siempre, busca un nuevo mundo. Cree hallarlo en el de los insectos. Trata de interpretarlo en sus pequeños y angustiosos cuadros. Desfilan todos los insectos iluminando la imaginación que enfrentamos a sus cuadros de una adolescencia genial.

Este pequeño mundo, intrincado, de los insectos fatiga pronto su imaginación. Intenta retornar a la niñez y no puede. Es un niño, sin embargo. Pero no sabe que es un niño. Vive trágicamente desde el momento que tiene que buscar una lógica explicación a su existencia.

Inventa una diminuta máquina fotográfica y hace retratos ausentes sin otro elemento que su pura imaginación. Tiene una inquietud que le tiembla en todo el cuerpo como un caballo brioso. Pinta. Escribe. Juega. Pega un zarpazo a la música y se alimenta como una fiera este hombre de dedos que parecen estambres de una flor y que se viste con su propia sombra para abultar su cuerpo.

Recorre el mar, más bien recorre la playa de brazo del mar. El no sabe por qué es amigo del mar. Cree que es una tradición de su espíritu.

Cuando *Colónida* (revista literaria que fecundó un ambiente poético en el Perú y cuyo director fué el malogrado poeta Abraham Valdelomar) descubrió a Eguren, los muchachos intelectuales, desde entonces, acuden a la casa de Eguren a estrechar las manos de ese pequeño hombre cuyos ojos azogados se pierden debajo del párpado flácido.

Acuden en romería los muchachos a oírle hablar, pero Eguren no habla. Vive evadido de sí mismo. Vive trágicamente y en un silencio puro.—JULIÁN PETROVICK.

<https://doi.org/10.29393/At58-12TLHB10012>

Los temas literarios

Versión castellana autorizada por el autor, de C. Deambrosis Martins.

CUANDO entraba lleno de frío en mi casa a la caída de la tarde de aquel día de otoño, apretando entre mis largos dedos el húmedo bastón, y tiritando, cubierto por un traje más delgado que yo, me topé con el maestro. Marchaba triunfalmente a través de las sombrías calles. Er-

guida su blanca cabeza cual máscara de mármol fino, con la barbilla un poco azulada; flotando cual oriflomas los faldones de su gabán, y en sus labios una sonrisa a modo de respuesta a la gloria. Se paró tendiéndome ambas manos.

Yo me había presentado a él hacía poco tiempo aprovechando un lejano parentesco que existía entre su familia y la mía por el lado de Angers. Me había prometido ayudarme por todos los medios y no había olvidado su promesa, pues inmediatamente me dijo:

—Vamos a dar un paseíto juntos. ¿Eh?

—Maestro...—respondí, deslumbrado por su aparición y su benevolencia.

Y henos aquí paseando juntos.

Yo miraba a derecha e izquierda, para ver si nos veía mucha gente, deseando ansiosamente encontrarme con algún amigo, o mejor aún, con alguno de mis proveedores para que me viese en semejante compañía. Estaba tan turbado que al ver nuestras imágenes reflejadas en la luna de un escaparate, tan cerca el uno del otro, tuve por vez primera la impresión de la fama. Y maldecía de la noche que se iba haciendo cada vez más oscura y que ocultaba a las miradas de la gente su célebre figura.

Cuando atravesábamos la calle, llena de gente, el maestro se dignó interrogarme sobre mis trabajos literarios.

Yo le expuse atropelladamente, con voz emocionada y triste, los planes de mis más queridos proyectos, para realizar los cuales quebrantaba asidua y regularmente mi salud todas las noches.

El me escuchó, después movió la cabeza; esa cabeza de cuyas reproducciones se halla sembrado el mundo entero.

—Eso no son asuntos, no son temas—dijo—. Con todo eso no se puede hacer nada, nada...

Y puso su mano en mi hombro, indulgentemente, como un sacerdote.

—Sí, ya lo sé, hijo mío. Grandes problemas filosóficos y humanos... Vastos pensamientos, profundos abismos de sentimientos. Toda la verdad y todo el corazón, en cuatro actos y trescientas páginas. Muy bello, muy hermoso. Pero con todo eso no se puede hacer nada para el teatro ni para la novela... Es preciso una intriga, una historia, una aventura, algo inesperado, un hilo que tenga principio y fin; pero que esté enredado en el centro. La Idea y el Sentimiento con I y con S mayúsculas... esto visto desde lejos parece algo por sí solo. Pero cuando se acerca uno para utilizarlo, ve que no es absolutamente nada. Créame (aún está usted a tiempo; cuando yo empecé, tenía

alguna más edad de la que tiene usted ahora). La filosofía metafísica, social, sentimental u otra cualquiera no es más que un condimento, lo mismo en el teatro que en el libro. Póngalo usted si le gusta, pero discretamente, en un rincón, en el papel de un personaje episódico, por ejemplo, o en el título, o si se empeña (o si tiene gran interés) al final, y mejor aún, después del final. Pero hacerlo el objeto del drama o de la novela, tratar de conmover al público, solamente con eso, ¡qué locura, qué ignorancia!

—Sin embargo, maestro—me atreví a decir—, se desarrollan problemas tan graves y tan serios en nuestra época.

Frunció las cejas y me respondió:

—Eso sería muy cómodo si no hubiese que pensar, que profundizar en ello. ¿Y entonces, de qué nos habría servido a nosotros haber buscado, haber trabajado y haber triunfado durante tantos años?

Yo traté de defenderme:

—Hay algunos conflictos de ideas que son emocionantes sin tener que recurrir a ingeniosas aventuras, problemas cuyo simple enunciado es un suplicio, y la solución una alegría. Kant ha calificado de dramática una de las contradicciones más salientes del pensamiento humano. Se ha hablado del estremecimiento que se experimenta con la «geometría inflamada» de Pascal. La fatalidad—idea ciega y sorda, pero idea—desempeña un gran papel en las escenas de *Edipo rey*.

—¿En las escenas? Querrá usted decir junto a las escenas interrumpió mi ilustre acompañante—. Dejemos a Pascal para nuestros profesores y a Kant para los de su país. Por otra parte, ¿qué relación tienen con esto? No se han dedicado a la literatura, que yo sepa. Dejemos también todos estos razonamientos; ellos producen una especie de vértigo. Le compadezco si se obstina en continuar en esa obscuridad. No ha de salir de ella la emoción que necesitan nuestros espectadores y nuestros lectores. Yo soy tradicionalista y apegado a la rutina, sí—añadió el maestro, adelantando la mano hacia mí para responder por anticipado a mi protesta. . . —. Sí, sí, rutinario, pero digo que se debe buscar algo nuevo allí donde no brotan más que sutilezas sin consistencia. Complican ustedes excesivamente las cosas; ¡cuidado con el veredicto del público! Quieren ustedes que encuentre un pajar en una aguja. No lo encontrará y se enfadará.

La noche envolvía con su negro manto el triste barrio en que nos hallábamos; él era el juez, yo el reo. Por todas partes las sombras llegaban hasta el cielo, las ventanas se iban iluminando

una a una. Los faroles de gas formaban una pobre y larga constelación. . . . Una mujer plantada en medio de la acera, con un niño en brazos, lanzaba miradas de odio en su alrededor. . . . Una vieja consideraba el arroyo, muy inclinada por tener roto el espinazo. «¡Qué cosa tan hermosa se podría escribir acerca de la miseria!», no pude menos de pensar a media voz.

El se encogió de hombros:

—¡No! La miseria no es un asunto. Todos cometéis la misma falta; tomáis la decoración por el drama.

Nuestras miradas bruscamente atraídas por el resplandor de un escaparate, distinguieron junto al mostrador a dos hombres que bebían con aspecto disgustado. . . .

—¡Las reivindicaciones de los miserables, el grito de revuelta, el clamor hacia el bienestar, el descanso, la justicia! . . . —murmuré maquinalmente, como un creyente repite los padrenuestros.

—Hay ahí algo que podemos tomar—dijo el maestro—. Por un lado el sindicato, por otro la familia. . . . El interés particular, el interés general. . . . Los espías, los traidores, las estratagemas. . . . Precisamente los periódicos daban detalles pintorescos que yo he anotado.

Se absorbió durante algunos instantes, meditando una nueva obra, mientras me llevaba como a un cautivo.

La obscuridad iba haciéndose cada vez mayor. Recorriamos las proximidades del barrio nuevo. Una ancha vía bordeada aún de solares, de vallas, de casas raras. Ante nuestra vista, un humo denso y una bruma tempestuosa se hallaban suspendidos por encima del arrabal pobre cuyas chozas que se amontonaban allí, estaban destinadas a ser derribadas. En el fondo amarillento del cielo se destacaba, como un jirón, el perfil de las casas, y las dos largas filas de olmos que surcaban la calle, brillaban como rieles al blanquecino resplandor.

De pronto se oyó dar una hora en un reloj cual grave angelus, y la casi desierta vía se convirtió en un hormiguero humano. Personas solas, en grupos, en bandadas, salían de los talleres, de las oficinas y volvían a sus hogares. Veíaseles bullir a lo lejos cual orugas. Después se acercaban, se cruzaban con nosotros y se alejaban.

Todos iban en la misma dirección; la muchedumbre entera se dirigía hacia el este, donde estaban las casas, los hogares. Parecía un río que desembocaba en el mar.

Nos detuvimos. . . . A medida que yo leía el rostro de cada transeunte que pasaba rápidamente, creía atisbar más allá, no sé dónde, pero en plena verdad, la figura del hombre que no se detiene jamás, que no acaba nunca de pasar.

Gente de todas clases; empleados, obreros, desconocidos, que se dirigían desde el trabajo al descanso, que casi al finalizar el día, iban a empezar a vivir, que se precipitaban hacia alguna sonrisa, hacia alguna alegría, hacia alguna luz, a semejanza de las olas del mar o de los soldados de un ejército derrotado. Sí, un solo ejército, una sola derrota, una sola esperanza, un solo corazón.

Esta aparición que se extendía sin cesar nos hacía ver palpablemente la forma de nuestro destino, la tragedia de la vida, es decir, del lanzarse mano a mano a la demanda de una cosa tras otra, siguiendo la incesante labor del deseo y de la inutilidad de los días. Y aún más tangible y más inmediata, en el campo de la batalla terrestre, la revuelta de los oprimidos o de los cautivos en pos de su partícula de luz.

¡Yo no me atrevía a hablar, pero, como en un sueño, entreveía la obra divinamente humana que se haría con solo que se pudiese copiar esto!

Pero al volver la vista hacia mi ilustre acompañante, me acordé de súbito, cuán poderoso era él y cuán débil era yo. Tuve que echar mano de todo mi valor para callarme ante la lenta corriente de los hombres hacia las casas, para no oírle decir:

—Eso no es un asunto, no es un tema, puesto que no tiene fin.—HENRI BARBUSSE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Edgar Allan Poe

El hombre

UNA vida trágica y errante nos explicará la obra de Edgardo Poe, príncipe de los poetas malditos, como se le ha llamado, y con razón. La fatalidad fué su madrastra. ¡Y qué madrastra de entrañas tan horriblemente duras fué ésta! Con sus garras eternas (el alcohol y la miseria) fué destrozando durante muchos años el corazón del pobre visionario que debió haber pasado por la vida leve y lozano, como una vela llevada por los vientos marinos. Después de su muerte han venido los perros del Cairo a morder su cadáver. Neciamente sus amigos han tratado de defender su memoria negando sus defectos y sus debilidades. Los unos han